

1

Por supuesto que no siempre he bebido, incluso no hace mucho que empecé a beber. Antes el alcohol me daba asco; como máximo me bebía un vaso de cerveza; el vino me sabía ácido y el olor del aguardiente me ponía enfermo. Pero entonces llegó un tiempo en el que todo empezó a irme mal. Mis negocios no marchaban como debían y tuve algunos desencuentros. Siempre he sido una persona blanda, he necesitado la simpatía y el reconocimiento del mundo, aunque nunca dejara que se notara y siempre aparentara mucha convicción y seguridad en mí mismo. Lo peor de todo fue que empecé a tener la sensación de que también mi mujer se alejaba de mí. Al principio fueron señales imperceptibles, sucesos que otro hubiera pasado por alto. Por ejemplo, en una ocasión se olvidó de ofrecerme pastel durante un cumpleaños que celebrábamos en nuestra casa; yo nunca como pastel, pero antes siempre me lo ofrecía. Y en otra ocasión durante tres días pasó por alto una telaraña sobre la estufa de mi habitación. Yo revisé todas las habitaciones, pero en ninguna había una telaraña, sólo en la mía. Qui-se esperar a ver cuánto tiempo la dejaba allí para fastidiarme, pero el cuarto día ya no aguanté más y se lo dije.

Entonces limpió la telaraña. Se lo reproché con dureza. No quería que ella se diera cuenta de ninguna de las maneras de todo lo que yo sufría por esas ofensas y por mi soledad.

Sin embargo, el hecho no quedó allí. Pronto llegó el asunto con el felpudo. Ese día había tenido problemas con mi banco, por primera vez me habían negado dinero; seguramente ya se había comentado que había sufrido pérdidas. El director del banco, un tal señor Alf, fue muy amable, me habló de unas dificultades pasajeras e incluso me ofreció telefonar a la central y solicitar un crédito especial para mí. Obviamente yo rechacé la oferta, como siempre sonreía y ofrecía una imagen de seguridad en mí mismo. Aunque ya me había dado cuenta de que en esta ocasión no me había ofrecido, como hacía siempre, un cigarro; este cliente ya no lo merecía. Muy abatido me dirigí de nuevo a casa bajo una fuerte cortina de lluvia otoñal. Aún no estaba realmente en dificultades; pero mis negocios no habían progresado como debieran, algo que en ese momento se hubiera superado seguramente con algo de ímpetu. Aunque justamente ese ímpetu es el que yo no quería aportar, estaba demasiado desanimado por todos los fracasos sordos que me habían salido al paso.

Cuando llegué a casa (vivimos en las afueras de la ciudad en nuestra propia villa y la calle que lleva hasta allí aún no está asfaltada), quise limpiar frente a la puerta de entrada mis zapatos sucios, pero precisamente ese día faltaba el felpudo. Abrí la puerta enfadado y llamé a mi mujer hacia el interior de la casa. Ya estaba oscureciendo, pero no había luz por ninguna parte y tampoco apareció Magda. Volví a llamarla repetidas veces, pero no recibí contestación. Me encontraba en una situación

realmente terrible: estaba bajo la lluvia frente a la puerta de entrada de mi propia villa y no podía entrar en casa, porque me daba rabia ensuciar el vestíbulo y el descansillo; y todo porque mi mujer se había olvidado de colocar el felpudo y no estaba allí en el preciso instante en el que ella sabía perfectamente que yo volvía del trabajo. Finalmente tuve que sobreponerme: entré en casa con cuidado sobre las puntas de los pies. Cuando me senté en la silla del recibidor con el fin de descalzarme y para ello encendí la luz, vi que toda precaución había sido en vano: en la alfombra verde claro del recibidor se habían formado las manchas más horribles. Siempre le he dicho a Magda que un verde reseda tan intenso no encaja en el recibidor, pero ella opina que nosotros somos ya suficientemente mayores para tener un poco de cuidado, y que en todo caso Else (nuestra joven criada) ya utiliza igualmente la entrada trasera y está acostumbrada a andar por casa en zapatillas. Empecé a descalzarme enfadado y en el momento en el que estaba terminando vi a Magda, que salía por la puerta que conduce a la escalera del sótano. El zapato se me deslizó y cayó con estruendo sobre la alfombra, formando una asquerosa mancha.

—¡Ten más cuidado, Erwin! —gritó Magda enfadada—. Mira cómo has puesto de nuevo una alfombra tan bonita. ¿No te puedes acostumbrar a limpiarte los zapatos antes de entrar?

La injusticia tan manifiesta de ese reproche me enfureció, pero me contuve.

—Pero ¿se puede saber dónde demonios estabas? —le pregunté mirándola aún fijamente—. ¡Por lo menos te he llamado diez veces!

—En el sótano, ocupada con la calefacción central

—me respondió fríamente Magda—. Pero ¿qué tiene que ver con mi alfombra?

—La alfombra es tanto mía como tuya —le respondí exaltado—. No la he manchado por gusto. ¡Pero es que el felpudo no está en la entrada!

—¿Que el felpudo no está en la entrada? ¡Pues claro que el felpudo está frente a la puerta!

—¡No está! —grité con vehemencia—. ¡Por favor, compruébalo tú misma!

Pero ella no pensaba en ir hasta la puerta.

—Si Else se ha olvidado de poner el felpudo, ¡podrías haberte descalzado en el vestíbulo! ¡Aunque no hacía falta que dejaras caer tu zapato con ese estruendo sobre la alfombra!

La miré indignado, mudo de rabia.

—Sí —me dijo—, ahora callas. Cuando te reprocho algo entonces callas. Pero tú siempre me reprochas algo...

No encontré que sus palabras tuvieran sentido, pero igualmente dije:

—¿Cuándo te he reprochado yo algo?

—Ahora mismo —me respondió rápidamente—. Primero porque no he venido cuando me has llamado, porque tenía que ajustar la calefacción, pues hoy Else tiene su tarde libre. Y después, porque el felpudo no está frente a la puerta de entrada. Pero es imposible que yo, con todo el trabajo que tengo, pueda controlar cualquier tontería que deba hacer Else.

Me recompuse. Me dije a mí mismo que Magda era injusta con todo lo que había dicho:

—No nos peleemos, Magda. Pero te ruego que me creas, la mancha no la he hecho a propósito.

—Y tú créeme a mí —me contestó aún con bastante

dureza— que no ha sido mi intención que tuvieras que llamarme y que tuvieras que esperar.

Yo no contesté. Hasta la cena ambos nos supimos comportar dentro de lo violento de la situación, incluso llegamos a mantener una conversación muy civilizada, y de repente se me ocurrió ir a buscar una botella de vino, que me regalaron en una ocasión y que llevaba años en el sótano. No sé cómo me vino la idea a la cabeza, quizá la sensación de nuestra reconciliación despertó en mí el pensamiento de algo festivo, como una boda o un bautizo. Magda también estaba muy sorprendida, aunque sonrió aprobando mi idea. Sólo me bebí vaso y medio, aunque esa noche el vino no me sabía ácido. Incluso me invadió una sensación de alegría y conseguí hablarle a Magda de mis negocios, que tantas preocupaciones me ocasionaban. Naturalmente que no le hablé ni una palabra de esas preocupaciones, sino que, por el contrario, le mentí convirtiendo mis fracasos en éxitos. Magda me escuchaba interesada como hacía mucho tiempo que no hacía. Tuve la sensación de que el alejamiento entre nosotros dos había desaparecido por completo y, contento por ello, le regalé a Magda cien marcos para que se comprara algo bonito: un vestido o un anillo o aquello que realmente le hiciera ilusión.

2

Más adelante a menudo me he preguntado si esa noche estaba en realidad completamente borracho. Está claro que no lo estaba, sino tanto Magda como yo lo hubiéramos notado, pero esa noche tuve, a pesar de todo, la primera curda de mi vida. No es que me tambaleara y